



VISTA DEL CHALONS SOBRE EL SAONA.

Ahora que se prepara una corona para el gran poeta D. Manuel José Quintana, nos parece conveniente insertar el preámbulo del juicio crítico de sus obras que empezó á escribir un amigo nuestro, y que acabará, Dios mediante, cuando sus ocupaciones se lo permitan.

DON MANUEL JOSÉ QUINTANA.

Los elementos constituyen la síntesis de la crítica generosa que se aplica á discernir y juzgar las obras del ingenio. El uno las considera bajo el aspecto de las formas con que se manifiestan y revisten las ideas, y el otro, que elevándose á la ciencia de donde amanar, se eleva á su origen, escudriña las regiones del genio creador, arranca su secreto al corazón y á la inteligencia hija de Dios y á él semejante, é investiga las leyes morales que rigen el espíritu humano, y que como emanaciones constantes de la naturaleza, preparan los estacismos sociales que mas tarde ó mas temprano se verifican en el universo moral. El elemento crítico sirve para juzgar las creaciones del ingenio segun su belleza y conveniencia exterior y sensual, que puede sumerirse á reglas y convenciones más ó menos naturales, mas ó menos artificiales, segun el modo de concebirlas y formularlas. El elemento segundo, que es la crítica verdaderamente filosófica, se aplica á la investigación íntima de la humanidad inteligente, prescindiendo de las formas objetivas mas ó menos perfectas con que las ideas se encarnan. Aunque directamente se aplique este elemento de análisis á

las obras de un individuo determinado, no es la persona la que examina, sino el origen de sus ideas, el modo con que han nacido é influido en la sociedad, en la humanidad completa, y la manera con que las necesidades y progresos del entendimiento han provocado la fecundidad del genio y del talento, y dirigido su camino progresivo. Así, el estudio de las creaciones populares mas lejanas del arte da por resultado el hombre histórico en progreso ó retroceso intelectual.

Bajo este aspecto filosófico vamos á considerar, pues ya diversas veces lo fuéron bajo el del arte, el carácter de las obras de uno de nuestros mas célebres escritores y poetas, que puesta una mano en el siglo XVIII, alcanza con la otra á mas de la mitad del siglo actual, y cuya larga edad espera, vivo aun, el fallo que empieza á realizarse, y que se dará sobre su gran genio, su probidad intachable, su amor á las glorias pátrias, su dedicación á las libertades nacionales, su constancia en la lucha de las ideas, y sobre todo sus virtudes cívicas y morales. Resto casi único de una generacion de hombres pátricos y liberales que va desapareciendo, ¿por qué hemos de esperar que una losa cubra su abierto sepulcro, sin que oiga la voz de respeto que tributamos á sus merecimientos? Pues qué, porque sus obras literarias sean su fiel retrato; porque el elogio que merecen no sea separable de su persona; por temor de ofender su modestia, ¿hemos de condenar al silencio nuestra razon? La amistad y la gratitud hácia aquel que pisa los bordes de la tumba, y que está lejos del poder, solo puede referirse á sus ideas, á su enseñanza, á sus virtudes; y el que toma la pluma ahora para expresar sus opiniones sobre los escritos del señor D. Manuel José Quintana que se han publicado, no es un hombre

accesible de apasionado, ni de ser guiado por el espíritu de un partido (1) tan deprimido por los mismos que antes le divinizaron con esece mientras los fué útil el sistema de ideas que calumnián y vilipendian. La apostasía que produjo poder, riquezas y honores, no bajará á la tumba desnuda, ni desacompañada, pero si sometida al juicio justo y severo de la posteridad, que volverá las espaldas á los macedneos que ocupen sus restos mortales. Pero si aun engañaron á los hombres; si estos, ciegos, doblan su rodilla ante sus estatuas, no por eso se crean triunfantes, pues el tributo que los mortales les rindan no recaerá sobre ellos, sino sobre las virtudes que se les atribuyen, y que fingieron con hipocresía artificiosa.

Desde principios del reinado de Carlos II se hallaban en España espirantes y en agonía las artes, las ciencias y la literatura; muertas ya en los primeros años del siglo XVIII. El despotismo político, civil y religioso habia consumado su obra, hirviendo mortalmente todo principio de entusiasmo, de gloria y de saber. El espíritu monacal era lo único que quedaba propiamente español, pero destituido de toda llamada vivaz que levantase el corazon ni el ingenio. La verdadera devoción que inspira al alma, ya tiernas, amorosas y delicadas sentimientos, ya grandes y sublimes ideas, ó ya terribles y profundos pensamientos, se habia trocado en mezquinas supersticiones, en miedo servil, y en marasmo inerte y sequeroso. La teología, la filosofía, la elocuencia, la poesía, todo, todo era conjunto de trivialidades esparcidas con un lenguaje alambicado y vacío de ideas. La proverbial gravedad española, hija del propio valor, de la satisfacción de sí mismo y de la conciencia de grandes merecimientos, no era ya casi otra cosa que la sociedad del asno pereoso é inerte, que solo y apenas se mueve al impulso del azote, no para adelantar en el camino, sino para dar vueltas sobre sus remos. Años y años duró tal estado de cosas: pero esto no podía ser eterno, ni la España, antes tan activa, quedar siempre estacionada cuando la Europa caminaba sin cesar y á pasos de gigante. La masa inerte que presentábamos necesitaba para recobrar movimiento recibir un grande impulso, y este nos le prestó la Francia, tan rica, tan abundante y aun puede decirse tan gloriosa é ilustrada. Desde la segunda mitad del siglo XVII empezamos, pero muy lentamente, á sentir el aguijón que nos estimulaba, y á sacudir el letargo que nos dominaba; la vida ajena empezó á animar la nuestra; pero antes vivimos algun tiempo de prestado con la que nos galvanizaba. Treinta años y más existimos así, creyendo imitar lo bello de las formas francesas, pero en verdad sin comprender lo bello de los pensamientos, de lo que da vida propia á las formas. Nos parecíamos autómatas que remedan los movimientos humanos, que hombres que nos movimos por nuestra propia virtud.

Pero en medio de este marasmo universal ardia aun oculta la llama del ingenio español: aun circulaba la savia del árbol amotecido que cubrió el mundo con su rica y frondosa copa: solo faltaba que menos acerbo el despotismo, menos duro y más ilustrador, nos permitiese pensar con fruto.

Ya desde el reinado de Carlos III nos fué permitida volver la vista atrás, y considerar en la historia y en la literatura nuestras glorias, nuestra idiosincrasia, nuestro valer y nuestro poder. Aunque los estímulos nos viniesen de Francia, no es de ella de donde nos vino la esencia de las cosas, por mas que aceptásemos las formas. La memoria de aquella lá perdimos en verdad; pero antes, mucho antes que la Francia, poseímos y practicamos nosotros la libertad política, civil y religiosa; antes, mucho antes, la defendimos contra el poder feudal, y luego en vano contra el despotismo de los monarcas. Antes, sí, mucho antes tuvimos una literatura grande, noble y nacional, que nos puso al frente de la civilización. No necesitábamos pues volver los ojos á la Francia, sino á nosotros mismos, para hallar de nuevo lo que habíamos perdido. Mas quiso la fatalidad que una dinastía francesa tomase mas ó menos á su cargo despertarnos del letargo en que yacíamos, y nos despertó sin comprendernos bien, presentándonos el único medio de desvelo que ella conocía: la Francia fué para nosotros un reflejo pálido é incapaz de darnos clara luz; nos fué una planta exótica, incapaz de echar bonitas raíces en nuestra tierra, de mantener aquellos frutos dulces, sabrosos y exquisitos que en el suelo natal producen.

El genio y el carácter nacional ardia poderoso aunque latente en los pechos españoles; y luego que un poco de libertad otorgada, apartando las cenizas y la lava de una opresion omnimoda permitió lucir la llama oculta, brilló poderosa y fuerte como el sol después de la oscura noche. Entonces, como intérpretes de la edad pasada y gloriosa, como figuras y representantes de sus grandes pensamientos, como modelos completos de la edad futura, aparecieron Cienfuegos y Quintana con sus grandes pensamientos, con su voz firme, consoladora y popular. Ellos mas que todos los escritores de su tiempo, declararon

la guerra al poder absoluto, á la superstición, á una corte corrompida, y proclamando nuestras glorias pasadas, nuestra dignidad ofendida, nuestra perdida libertad, nuestra sagrada independencia, popularizaron la noble idea que sirvió de base á los grandes hechos después verificados. Víctimas de su opinion ¿qué importa? la difundieron entre el pueblo; hicieron brotar héroes y mártires de ella, y en su resurrección cuanto era dable el entusiasmo por la patria; por la libertad y por el honor español. Vencidos, sufrieron el martirio; vencedores, jamás la ambición ni la apostasía mancharon sus laureles; hombres de libertad y patriotismo puro y grave, jamás se desmintieron: hombres del pueblo, jamás negaron de él.

Hé aquí en resumen las circunstancias en que como filósofo, escritor político y gran poeta, que mereció llamarse el Tirteo Español, apareció D. Manuel José Quintana; hé aquí descrito en breves líneas su noble carácter, su poderoso genio, y el gran papel que como escritor ha representado y aun representa en la escena de las glorias españolas, en los grandes progresos que la ciencia y el arte han hecho en nuestra patria. Sus obras son su retrato fiel, y por eso ha sido preciso hablar de la persona para apreciar las obras, para comprenderlas, para juzgarlas. El sello de su siglo brilla en ellas, y en ellas la posteridad hallará el hilo que guie á la historia para explicar la sociedad que ilustró el gran poeta y filósofo profundo.

A. D.

DOS POETAS.

I.

La revolución llevada á cabo en Inglaterra por el genio de Cromwell, tuvo mas ilustres panegiristas que la monarquía de los Stuarts, cuyo trono cayó con la cabeza de Carlos I. En medio del general trastorno apareció Milton; y como los hombres de un talento superior solo necesitan una mirada para conocerse, el autor del *Paraiso perdido* llegó á ser el secretario de Oliverio Cromwell.

Un día de estos tiempos calamitosos, en el mes de junio de 1655, entró un hombre en la torre de Londres, y habiendo llegado al último piso, se detuvo delante de la puerta de un calabozo, en el que apenas podia distinguirse al desgraciado que lo habitaba: su frente estaba marcada con aquellas profundas heridas que la desgracia estampa en el rostro de los hombres y que se confunden con las impresiones de la vejez. El preso era Davirant, y el que venia á visitarle Milton.

—Habeis sido fiel á la cita, dijo con amargura el poeta proscrito. Profeta de desgracia, todas tus predicciones se han cumplido: he caído de tan alto, que no hay mano mortal que pueda levantarme de mi abismo. Sin embargo, Dios me ha dado medios para combatir el dolor. La república al encerrarme en esta prision no me ha podido arrancar mi lira.

—¿Y si te devolviesen la libertad?

—¡Oh! ¡si yo fuera libre! gritó Davirant. ¡Oh! la luz, el aire... la independencia.

Aquí se detuvo como avergonzado de haber manifestado sus profundas agonias, y prosiguió en tono mas tranquilo:

—Si fuera libre, ¿qué podria hacer? El edificio de mi fortuna se ha desplomado... pobre, luchando siempre con el recuerdo de mi riqueza, la esclavitud ó la libertad... me son indiferentes; siempre seré desgraciado.

—Ve pues adonde te ha conducido tu obstinacion.

—Dí mas bien mi localtad. Yo debí mi elevacion á Carlos Stuart.

—La república, si se ha mostrado severa, no te dejó de ser justa: la fidelidad no es un crimen.

—¿Por qué estoy, si es así, encerrado en esta torre?

—Pronto saldrás de ella.

—¿Y á quién deberé ser favor?

—A mí. ¡Esta prision es muy oscura, William!... Quieres respirar un aire mas puro, ver el cielo y el dia.

—¡Oh! sí, sí.

—En ese caso, estás libre: aqui tienes la orden firmada de ponerte en libertad.

La emocion que sintió Davirant fué tan profunda, que en algunos momentos no pudo pronunciar una palabra: por último:

—Tú has hecho, dijo, lo que yo tal vez haré algun dia por tí.

—¿Lo crees?

—¡Quién sabe! las grandezas políticas son estremadamente frágiles.

II.

Por consecuencia de esa instancia, de que tantos ejemplos hay en la historia de los pueblos, muerta Cromwell, saludó la Inglaterra con aclamacion de júbilo el restablecimiento de la dinastía que ella misma

(1) Todo se escribía entonces entre otros que naciese la última revolución de ella de 1834.

había desahogado. El partido realista, tan pusilánime antes y colarde, se mostró entonces arrogante y vengativo, Harrison, Thomas Stoll, y otros muchos fueron decapitados, y otros huyeron á las colonias de la Nueva Inglaterra. Milton no fué olvidado; la independencia de su carácter y la tendencia revolucionaria de sus escritos eran títulos que le condenaban á los ojos de los partidarios de la restauración. El día 27 de junio de 1660 fué preso y encerrado en la torre de Londres. El poeta recibió con resignación este infortunio: su talento le sirvió de escudo, su mesa adormeció sus dolores, y arrebatado en sus traspasos á un mundo imaginario, olvidaba el sentimiento real de su situación.

Una noche del mismo año, un viejo entró en la prisión del poeta y acercándose á él le contempló durante algunos minutos con recogimiento y sorpresa.

—Tan sereno está en la desgracia como lo estaba en la prosperidad, murmuró en voz baja.

El preso oyó estas palabras sin comprenderlas.

—¿Quién habla ahí? exclamó levantándose.

—Un hombre que respeta vuestras opiniones sin participar de ellas: un realista que desea dulcificar vuestro infortunio.

El ciego rechazó con aspereza la mano del viejo.

—Os burláis... ¿Qué simpatía puede existir entre nosotros? ¿qué puede haber de común entre el opresor y la víctima, como no sea la reciprocidad del castigo? ¿Venís á contemplar mi abatimiento, ó á romper mi felicidad? En ese caso os advierto que os engañáis: yo no me vendo como Monk y Waller. Hablad: ¿qué queréis?

—Ofreceros un porvenir más brillante del que vos podáis imaginar.

—¿Un porvenir brillante? ¿y qué puedo esperar ya? ¿Vol verá la vida á tantos amigos que arrastraron á mi lado peligros sin cuento y que ha diezado el cadalso? ¿Dónde está Cromwell, Harrison, Sidney Scott, Carey, Axtel y Flegwood? Ya no queda una sola piedra de aquel hermoso edificio que levantamos con tanta perseverancia y valor.

—No desesperéis... Dios os ha espuesto á pruebas sin duda crueles; pero os ha dado en vuestra aflicción un medio de sobrellevarlas. Los hombres no han podido arrancaros vuestro talento.

—¿Y qué es eso? ¿Cuándo ha sido protegido el talento? ¿A quién ha enriquecido? ¿Tendré que recordaros cómo murió Spencer; cómo murió Sha kespeare? Yo he vendido el trabajo de diez años, 6,000 versos, una obra maestra tal vez, por cinco libras esterlinas (1).

—¿Y no tenéis familia?

—Es verdad... ¡una mujer y tres hijos!

—¿No habéis pensado que puede existir entre los que admiran vuestro talento y virtudes alguna bastante poderosa para devolveros la libertad?

—Los desgraciados no tienen amigos.

—¿Habéis olvidado al poeta realista á quien salvásteis la vida en 1635?

—He olvidado á todos los ingratos.

—Tu corazón está tan ciego como tus ojos.

Milton se enterneció, y levantándose con prontitud:

—¿Eres tú, William? dijo.

—Yo soy que vengo á salvarte: ya estás libre.

—¡Libre! ¡Oh Dios! exclamó el ciego: así podrá concluir mi *Paraiso perdido*.

A. G. G.

ESPERANZA.

NOVELA ORIGINAL
DEDICADA Á

POR PABLO GAMBARA.

En la calle de la Montera existía, hace algunos años, un almacén de *trufas*, como se llamaba entonces, que era el punto de descanso de todos los vagos, y el insagotable tesoro de inspiración de una multitud de vates, folletínistas y guacileros.

El dueño de este almacén se llamaba D. Ramon López de la Encina, hombre de cuarenta años, de talla regular, gordura regular, rostro sin expresión, en fin, un millonésimo ejemplar del hombre de cuarenta años, que encontramos veinte veces al día en una calle sin conocerle ninguna. Su vida era tan vulgar como su figura. Nació pobre en una aldea de Asturias, marchó á América á buscar fortuna; allí conoció á un francés desterrado que le trajo á España en su compañía, le dió parte en su comercio, y á su muerte le dejó por heredero. Esta era su vida. Ni los viajes ni el trato con las diversas personas

con quienes necesariamente debía de haberse rozado en su camino, desarrollaron su inteligencia. Al volver de América había visto más, pero no había pensado más que cuando salió de su pueblo. Con todo, recogiendo las ideas ajenas y aplicándolas, iba asiendo adelante, y algunas veces parecía que pensaba, como cuando para ensalzar su profesión decía:—Se quitais los objetos de lujo, los que se entretienen en hacer tales bagatelas tendrán que dedicarse á labrar cosas útiles; más artistas por consiguiente se dedicarán á un mismo trabajo sin que la necesidad de él se aumente; los productos de este trabajo serán menos apreciados; su precio bajará, y la miseria se aumentará en las clases obreras. Estas bagatelas que tanto se desprecian enriquecen á la nación.» Pero este discurso era original del francés su predecesor.

En el curso de sus viajes D. Ramon se casó; pero su esposa, que apenas contaba quince años, le abandonó á su ventura á España, dejándole una niña, único fruto de su amor, que era su vivo retrato en la figura aunque totalmente contraria á ella en el corazón.

Algunas veces se la veía en la tienda con su padre.

Era alta y delgada, su losa triguera y un poco pálida, su cabello negro y abundante, sus ojos negros también, pero tristes; su boca, generalmente entresiertera, sonreía con languidez; era la sonrisa del alma afligida, complaciéndose á la vista de la inocencia alegre: junto á la cisura de la boca, un pequeño lunar negro como el terciopelo prestaba un encanto inexplicable á su fisonomía. Sus movimientos, casi siempre lánguidos, indicaban cierta distracción continua, éxtasis de un pensamiento fijo, de una memoria impercedera ó de un deseo constante. Era quizás un ángel desterrado que recuerda su pátrio cielo y espera volver á él.

Hasta su nombre tenía algo de misterioso. Llamábase Esperanza.

En aquel almecen de objetos de lujo se destacaba como una imagen en un templo, y ciertamente el lujo es el templo de la belleza. La naturaleza crea la mujer para los sentidos; la sociedad, con los atractivos del arte, la convierte en el ángel, en el ser ideal, en el espíritu de amor que exalta la imaginación y exige adoraciones del alma enamorado. Quitad á la mujer el lujo y el fingimiento, y la quitareis su poesía; lo que se llama coquetería es la sublimidad de la mujer.

Y Esperanza brillaba entre el lujo sin buscarle. Era una estrella que derramaba su luz en la frondosa aurorada, no una joya para cuyo engaste se había rebuscado el oro más precioso. Su traje sencillo, negro casi siempre, hacía resaltar su tez, y correspondía á su tristeza. Parecía el lirio solitario doblado sobre las aguas; la tórtola viuda, anidada en el jardín.

Su padre la reconvenía muchas veces por su tristeza, ajena de su edad, y la preguntaba la causa; pero ella no sabía siquiera que estaba triste. Obraba según su carácter, ideal y fantástico por naturaleza, y diría novelesco si no supiera que Esperanza no leyó novelas jamás. Notaba, sí, que la faltaba alguna cosa en la vida; su corazón se lo decía, pero no sabía traducir su voz. Mirando en torno suyo vió el templo de Dios, y buscó en él la calma y la religión, realizó sus sueños, y recibió la poesía de su alma. Fué una Santa Teresa en el mundo, sin embargo, sin pretensiones de profeta, podía asegurar un observador que tarde ó temprano aquella alma sentiría la tempestad de las pasiones. El amor no forma cuerpos tan bellos para dejarlos tranquilos en el santuario.

Una noche hubo revolución en Madrid.

No os la describiré, porque ¿quién de vosotros no ha visto dos ó tres noches oscuras y lluviosas, en que el espanto corre las calles, se oye á lo lejos cóncava gritaría semejante al rugido del mar enfurecido, descargas cerradas, liras sueltas, las barricadas se alzan en las calles, la gente corre asustada sin saber adonde, tropezando en grupos que hablan en voz baja, cargando y repartiendo carabinas, se cierran las tiendas con estrépito, y gritan las familias, que ciegas de ansiedad recorren los sitios más peligrosos buscando un padre, un hermano, un hijo ó esposo? En el medio siglo que dejamos atrás estas noches han sido tan abundantes como las noches de tempestad en el verano, y tan pasajeras como ellas. Al otro día no quedaban más vestigios que algunas gotas de sangre en las losas, algunos hombres que fusilar, y algunos recuerdos: por lo demás, los sucesos habían entrado en el dominio de la historia, y al cabo de ocho días eran tan viejos como lo serán dentro de 200 años; pero en aquellas noches había rimas que padecían en el sobresalto más terrible que la desgracia, familias que oían los tiros lejanos sin saber si á su alcance estaba un pecho querido, familias que vivían horas de una eternidad de angustia.

D. Ramon había salido, y no había vuelto aun.

Esperanza, postrada á las plantas de una imagen de la Virgen María, oraba con suma rapidez, con los labios húmedos, con los ojos ennegados en lágrimas, y el oído atento á cada ruido que en la calle percibía. De cuando en cuando dejaba la oración para formarse á la ventana, de donde ya tres veces la había mandado quitarse un agente de policía que estaba de centinela en la esquina de la calle de la

(1) Si se quiere, así como en el presente artículo está escrito todo, tal y como es, y el autor se reserva todos los derechos.

Aduana; pero nada veía la joven. La calle estaba solitaria y el cielo nublado. De cuando en cuando, ruidos y gritos sonaban á lo lejos, y los cielos relampagueaban reflejando el fuego de los fusiles. Esperanza volvía á orar.

El cuarto en que estaba era pequeño, pero bien amueblado. Algunos cuadros de marco dorado con magníficas litografías que representaban escenas bíblicas, adornaban las paredes cubiertas de papel leonado, con flores azules. Una gran consola con espejo de medio cuerpo ocupaba el testero de la izquierda corriendo al balcón, y sobre ella estaban colocados dos jarrones de china con flores, frasquitos de esencia, botes de pomada, y todos los demás utensilios del tocador. En el mismo testero una puerta pintada de porcelana comunicaba con las demás habitaciones de la casa, y en el fondo otra cubierta con una colgadura roja, suspendida de dos flechas doradas, y recogida á un lado formando pabellón, dejaba ver un lecho que aun ignoraba el suceso del crimen, del remordimiento y del dolor.

La imagen de la Virgen á cuyos pies oraba Esperanza, estaba colocada enfrente de la puerta de porcelana, y adornada con una corona de siemprevivas. Aquel cuadro era el recuerdo de una madre, honrado por el amor filial que ignoraba sus culpas.

De repente, un ruido semejante á cien truenos juntos resonó en la calle. Era un caos de blasfemias, descargas, gritos de dolor, de ira y de impaciencia. La revolución se derramaba como un torrente por la calle de la Montería, arrollando cuanto á su paso se oponía. Esperanza corrió á la ventana, sin reparar que dos balas acababan de romper los vidrios; pero cuando llegó, el grupo revolucionario que produjo aquel alboroto había ya tomado otra dirección, y derramándose por la calle de la Aduana, fué á unirse sin duda con otros que le esperaban. Todo volvió á quedar en silencio.

Al poco tiempo un golpe resonó en la puerta.

Esperanza volvió á asomarse. Era su padre el que llamaba; pero no venía solo; un joven cubierto con un ancho sombrero de castor, y enlazado en una capa se apoyaba en su brazo, y exhalaba de cuando en cuando algunos gemidos que procuraba contener.

D. Ramon vió á su hija en la ventana, y la dijo: baja á abrir tú sola.

Esperanza comprendió el pensamiento de su padre, y bajó diciendo á una criada y un dependiente de la casa que encontró en la escalera, que subieran al último piso con lo que se le pidió, y así entraron sin ser vistos de nadie hasta su cuarto su padre y el desconocido, á quien D. Ramon colocó en el sofá reconociendo en seguida una herida que en el brazo derecho tenía, y á la cual había atado un pañuelo en el primer momento sin duda para contener la sangre que derramaba.

D. Ramon tenía algunos conocimientos de cirugía, y pudo comprender que la herida no era muy peligrosa; mas como de todos modos el enfermo necesitaba reposar, le dejó allí y salió con su hija á prevenir un sitio donde sin ser visto de los gritos pudiera ocultarse y curarse al mismo tiempo.

—¿Quién es ese joven? preguntó Esperanza á su padre cuando estuvieron en un lugar en que no podía oír sus palabras.

—No sé su nombre, respondió D. Ramon; le he encontrado herido junto á nuestra puerta, y he creído que era mi deber socorrerlo.

—Usted, tan enemigo de los revolucionarios...

—No es un revolucionario, sino un herido; y cuando padecen, todos los hombres son mis hermanos.

D. Ramon dejó hablar á su corazón, y este le inspiraba frases bellas, porque la elocuencia del corazón es la mas bella de todas. Esperanza se sintió orgullosa de su padre.

El cuarto del herido se aderezó pronto en un lugar apartado de la casa. Era pequeño, y solo tenía una ventana que daba á un patio. El mueblaje se componía de una cama de tablas, una silla, una mesa pequeña sin papel ni cuadros en las paredes; pero allí estaba segura el herido de no ser descubierto, pues ni aun los criados de la casa pasaban por aquel lado. Esperanza quedó constituida en enfermera y celadora, y ella y su padre volvieron á la sala satisfechos.

Esperanza tuvo lugar entonces de examinar al herido con mas atención, pues la primera vez apenas le había mirado, y el resultado de su examen no fué desventajoso para aquel. Era de mediana talla, la cabeza pequeña, la frente abovedada, los ojos azules pero sumamente vivos, y la piel muy encendida. Su cabellera rubia era abundante y rizada, pero escasa su barba y poco pobladas sus cejas; en sus labios, un tanto gruesos, se mostraba el continuo disgusto, y en su ceño y el círculo azulado que rodeaba sus ojos, el pensamiento constante mezclado con algo de desesperación.

Esperanza comprendió la expresión de aquel ceño y de aquel círculo azulado; comprendió el sonido de aquella voz baja y cortada como de quien habla para sí, y se fingió en su mente un ser ideal, heroico, sublime, como las jóvenes se figuran á sus amantes en sus sueños; luchando con la desgracia, que le hería en sus más tiernos alca-

los, pensó tal vez en que nadie en el mundo le sostenía, en que nadie le comprendía, y quiso ser su amiga, su ángel de consuelo. Esta idea se introdujo en su alma furivamente, digámoslo así, y sin que Esperanza misma lo notara; podrá servirle de algo... si alguna vez Eugenio de Ulloa cambia de fortuna, pueden Vds. contar con él.

—Y bien, dijo el desconocido con voz débil cuando vió entrar á Don Ramon y á su hija, nunca olvidaré los auxilios que de Vds. he recibido, y si alguna vez puedo servirles de algo... si alguna vez Eugenio de Ulloa cambia de fortuna, pueden Vds. contar con él.

El acento con que estas palabras triviales fueron pronunciadas, indicaba que partían del corazón. D. Ramon apretó la mano de Eugenio, y Esperanza se sintió conmovida.

—En su casa de Vd., estarán con cuidado, dijo D. Ramon; será preciso avisar...

—En mi casa!... dijo Eugenio sonriendo amargamente, no tengo casa... ni familia.

—Ah!...

—Nadie hubiera llorado mi muerte si muriese; pero por desgracia ni aun estoy herido de gravedad.

Y se abismó en tristes meditaciones.

—¿Tan joven y ya desesperado! El parecer es de Vd., dijo Don Ramon.

—El parecer!... murmuró Eugenio, semejante á aquellos prodigos en sus primeros años devoran su patrimonio; he gustado mi vida antes de empezar á vivir, y hoy no me queda nada... tengo 25 años y soy viejo. ¡Esto es bien triste!

—Vamos, dijo D. Ramon, esa es la manía de la juventud de hoy; todos se dicen desilusionados, todos se lamentan de martirios ignorados... Las novelas les vuelven la cabeza; y así como en otro tiempo los ilustraban pintando el mundo demasiado hermoso, hoy los entristecen calumniándole.

—No señor, respondió Eugenio, vea Vd. la historia de mi vida, Vd. que por el servicio que me presta tiene derecho á mi confianza, y dígame después si mis pesares son ilusiones, si hay felicidad posible para mí.

D. Ramon se sentó á su lado, y Esperanza apoyada en su silla esperaba la relación con impaciente curiosidad, cuando su padre le mandó salir para cuidar de que nadie los sorprendiese.

Eugenio comenzó así:

CAPÍTULO II.

Voy á contar la historia de mi vida como creo que todas deben contarse, pasando por alto los acontecimientos que son la diversion de los tonfos, y observando solo la marcha de mis sentimientos y mis emociones.

Soy el oscuro retoño de un tronco orgulloso de su nobleza. Huérfano desde la cuna, fui criado por un tio niño bien acomodado, que procuró darme de una educación esmerada. En mis primeros años me familiaricé con las lenguas vivas y muertas, hasta poderme las apostar con el mismo Arios Montano, y después me abandoné al océano de las ciencias, que recogí, esprimí, y de las cuales solo saqué una verdad, el *vantus vantatum* de Salomon. Nada es cierto, nada se sabe.

Empecé por la filosofía, esa ciencia cuyo objeto cada uno comprende á su manera. En nuestro siglo el mas aceptado de los sistemas filosóficos es el eclecticismo, que á mi entender no es sistema. Fuente de la indiferencia en todas materias, no puede engendrar nada grande. Todo es verdad es lo mismo que todo es mentira. Querer armonizar todos los sistemas es querer formar una sola gramática para la torre de Babel, es querer saçar la paz de la guerra, y la paz que resulta de la guerra es la paz de las tumbas.

El espiritualismo y el materialismo son dos hipótesis igualmente fundadas, de las cuales la una tiene de su parte los sentidos y la otra la razon. Todas las discusiones de los sabios y todas las esperiencias de los siglos no bastarán á dilucidar la contienda de estos dos sistemas, pues el hombre no sabe ni sabrá nada jamás acerca de su naturaleza. Para la eleccion pues debemos guiarnos por la conveniencia á falta de la verdad. ¿Cuál de los dos es el mas conveniente? El espiritualismo no obliga á nada; quien cree que solo existe su inteligencia, y que el universo entero no es mas que la ilusion de un sueño, ¿por qué se detendrá en sus deseos? ¿Qué códigos respetará? El materialismo, al contrario, respeta todos los códigos por egoismo, y cuando es ilustrado como el de Epicuro á quien tanto han calumniado los moralistas, y que fué uno de los hombres mas puros y mas probos de su tiempo, cuando es ilustrado, hace siempre el bien, pues sabido es que á los

picaras suplieron las ventajas de la honradez, serian hombres de bien por girardía.

Me hice materialista, y seguí estudiando.

En las ciencias físicas, no sabiendo todo, no puede esbórsese nada; un nuevo descubrimiento reemplaza todos los sistemas descubiertos, con otros nuevos que son destruidos y reemplazados á su vez. Me dediqué al estudio de la electricidad, en cuyo conocimiento se refundirán acaso un día la física y la química, considerándola como causa del calor, de la luz, del ruido y de todas las alteraciones de los cuerpos; quizá en ella se refunda también la medicina, cuando se pruebe que es el principio de vida del hombre; pero como la verdad no se encuentra sino por casualidad, mis experimentos fueron inútiles, y desistí de mi empresa antes de haberla logrado.

Las ciencias históricas vinieron despues. La historia es la novela de los eruditos, la mas falsa de las novelas. Podemos juzgar por los sucesos de nuestro tiempo, de los cuales cada testigo nos hace una relacion diversa. Las causas de las alteraciones de los pueblos estan en el fondo, y solo podemos ver la superficie.



La legislación ha sido elevada á ciencia por Bentham, y en ella comprendo la economia política, el derecho administrativo, etc., etc., que no son sino ramas de un mismo tronco. Para su estudio me era necesario el conocimiento exacto de la sociedad y del corazón humano, intrincado y oscuro laberinto en que se pierde la inteligencia mas poderosa.

Empecé mi estudio animado de esa fe ardiente que no conoce obstáculos, la fe de la ciencia, que convierte al hombre en una especie de máquina analítica, haciéndole que sin sentir asco remueva las podridas entrañas de los cadáveres y que examine y palpe sin palpitar de deseo voluptuosos secretos de la belleza. Disequé la sociedad, é ignoró si fué desgracia mía, la encontré el mas asqueroso de los cadáveres. Yo vi en ella los padres comerciando con el pudor de sus hijas, y los esposos como la desvergüenza de sus esposas. En una miserable bohardilla vi á una hija arrojando un anillo del dedo de su madre moribunda para pagar su escuela en una escuela; ó á un padre vanaglorioso públicamente de los escosos que nos horrorizan en la historia de Alejandro VI, y encontré en una casa de prostitucion á una joven admirada en los salones mas elegantes de Madrid que sostenia su lujo á costa de su virtud.

Encontré una moral de convencion consistente unas veces en hipócritas formas, y otras cambiando los nombres de los vicios y de las

virtudes para apartar de estas el agrado, y de aquellas el horror. Como en el último periodo del imperio romano, como en los últimos periodos de todos los imperios populosos, la corrupcion habia gangrenado tan hondamente á España, que resumaba por todos sus poros su veneno.

Vi por último la ridiculez en las costumbres y la puerilidad en los juicios sociales. En un baile á que asisti se puso á la puerta á un amigo de la casa que se habia olvidado de las prescripciones de la etiqueta hasta el punto de presentarse en el salon con levita. ¿Qué sociedad es esta que aprecia á los hombres por la anchura de sus falzones? En honor á la verdad debo de advertir que todos individualmente comprendian la ridiculez de este proceder; pero no osaban oponerse á los usos admitidos, porque como ellos decian, no estaban llamados á trastornar lo establecido, y ya que habian nacido en esta sociedad, debian de vivir amigablemente con ella.

El resultado de mi estudio fué formarme un sistema social del cual era coroná un sistema político enteramente nuevo; pero me asusté de mi propia creacion, impracticable en el estado actual de las cosas. Para plantearlo y probarlo era necesario que se sucediesen en el poder diez generaciones de sabios animados de la misma idea, porque las transiciones para que sean duraderas deben hacerse poco á poco como la naturaleza lo practica siempre en sus obras; y aun suponiendo que esto pudiera conseguirse, ¿quién me aseguraba que en la práctica mi sistema no fuese tan defectuoso como los ya existentes? De estas se han visto los defectos en la aplicacion que en la teoría parecian no tenerlos: ¿seria mejor el mio?



Recurri por último á la teología, la ciencia en que mas se ha distinguido nuestra patria en los siglos pasados. Empecé estudiando todas las mitologías, que no son sino diversas formas de la misma idea, y todas las hallé elevadas sobre el pedestal del panteísmo; pasé á considerar las religiones como sistema, y las estudié, una despues de otra, las disequé como habia disequé los sistemas políticos.

La religion cristiana me encantó desde luego como un sistema admirable, hijo del estudio del corazón humano, y superior á todo lo que pueden producir los hombres. Sustituye la vanidad por el orgullo, y destrona á este á su vez para que ocupe su lugar el temor de Dios, rasgo que no se ocurrió á Platon y que diviniza la obra. Pero quien se alimentaba de la duda no podia lograr la fe, y sin la fe el cristianismo era un sistema sin base; deploré la desgracia irremediable que me alejaba del santuario; pensé como Byron, que si tuviera un hijo le adhiriera en la iglesia católica, y pasó á buscar nuevos altares.

Una nueva religion se ofreció á mi espíritu, la religion reformada. Su aparicion en el mundo habia sido la primera señal de una revolucion que todavia no se ha llevado á cabo; en ella es permitido el libre examen; es el cristianismo excepto la fe; creí por un momento que no pudiendo ser católico por mis dudas, seria protestante. Me engañé dolorosamente. El protestantismo no convenia á mi corazón ni á mi inteligencia. Al corazón, porque es el catolicismo desnuado de su poesía; á la inteligencia, porque carece de lógica. El catolicismo sienta la infalibilidad como principio, y una vez admitido, no deja lugar á la duda

con respecto á la revelación; pero el protestantismo sostiene la revelación negando la infalibilidad. Dice: creed en los libros sagrados que os presentamos, no en nosotros, porque somos hombres sujetos á error. Pero desde el momento en que se cree que quien se presenta con estos libros está sujeto á error, puede creerse que yerra al considerarlos divinos. La religión protestante es absurda.

Esta es la historia de mi inteligencia; Pasemos á la de mi corazón. Abandonado á mi mismo, llegué á la edad en que empieza la vida del alma; edad de ilusiones y de poesía, de entusiasmos, de esperanzas y de amor. Ignorando el mundo, y dotado de una imaginación demasiado ardiente para meditar, tomaba todos mis deseos por promesas del porvenir, y mis sueños eran bellos y fantásticos como las leyendas de las mil y una noches. Creía el mundo creado para mí; y cuando la historia hacía pasar ante mis ojos las sombras de los héroes antiguos, buscaba entre ellos como el jorobado de Byron, uno que en cuerpo y alma me complaciera para resucitarle en nuestra edad. Por desgracia el tiempo de los héroes ha pasado. Napoleón ha sido una excepción que ni aun encontrará un Homero, y mis locas aspiraciones que por tanto tiempo me hicieron feliz, solo me producen una sonrisa de desden y de compasión, cuando vuelvo la vista atrás como el esquinante fatigado de su camino. ¿No es un embargo muy triste recordar las ilusiones perdidas hoja por hoja, cuando el corazón está seco en un invierno anticipado, y solo queda en él el árido tronco del egoísmo? La juventud es siempre buena: ¿quién la despoja de su virtud? Los desengaños que amargan y envenenan el límpido manantial de nuestra vida, ¿no son hijos, mas bien que de nuestra misma naturaleza, de la base falsa en que se ha asentado la sociedad? Se ponen en lucha los deberes con los deseos á falta de ingenio para armonizarlos, y la consecuencia natural de esta lucha son los vicios y los crímenes. Después, para evitar los crímenes se inventan códigos penales, jocular. Una buena higiene podrá inutilizar casi del todo la cirugía; un buen código civil hará innecesario el código criminal.

Pero volvamos á anudar el hilo de mi historia. Como todos los jóvenes, tomé por guía al amor, para que me condujese por los senderos de la vida, y mi primera amada fué una mujer que me llevaba diez años de edad, y cuya alma habían trabajado las pasiones. Yo sospechaba sus faltas; pero mi imaginación de poeta me embellecía la empresa de tornar su virginidad á aquella alma gastada de levantar á su cielo aquel ángel caído; si ella hubiese comprendido todo el amor, toda la adoración que en mi pecho atesoraba, me hubiera amado sin dudar, y hubiera vuelto por mí al camino de la virtud; pero el vicio había roto todas las cuerdas delicadas de la lira de su alma, y solo quedaba en ella el amor de los sentidos; yo hablaba desde el cielo, y ella respondía desde la tierra: no podíamos comprendernos; y cuando se bastó de mí, me abandonó por un oficial cuyo uniforme la deslumbró. Nuestras relaciones bastaron sin embargo para ganar mis sentimientos y trastornar mis ideas; me sarcasmos segaron en flor mis creencias, y me disgustaron del idealismo; quedé también sensual, y desde entonces los besos de mis labios envenenaban; corrumpí á mi vez como había sido corrompido, y las mujeres que correspondieron á mis amores, desde un día, abandonadas al siguiente, caían de su tallo como los capullos abrasados por el sol.

Disgustado del amor me acogí á la ambición, la ambición de la gloria, la ambición de los poetas. Sabía muy bien que con ella solo se alimentaba el orgullo; pero envidiaba á Homero su vida mendicante, con tal de obtener su fama; con gusto hubiese muerto como Burns en un hospital, sabiendo que mis restos ocuparían una tumba semejante á la suya. Pero había nacido en España cuando estaba postrada y olvidada como un astero apagado, y escribir en España en el siglo XIX, como ha dicho un granioso crítico desgraciado crítico, es hacer en su libro de memorias apuntes que nadie ha de leer. Cuando una nación deja de ocupar un lugar en la historia del mundo, y pasa á ser una unidad desapercibida que ninguna fuerza ejerce en la civilización, para que uno de sus hijos pare á la posteridad es necesario que por sí mismo valga tanto como una nación de primer orden, y que tenga bastante poder para colocarse á la cabeza del mundo y dirigirla señalándole un faro. ¿Quién conocería la existencia de Homero sin la lucha del mundo antiguo con el moderno? ¿Cuántos Homeros no habrán existido en los pueblos olvidados ya, y cuyos nombres solo conocemos porque naciones poderosas y guerreras los destruyeron en sus conquistas? Macpherson se vió obligado á inventar un Osian, porque del verdadero apenas se recordaba el nombre.

Estas meditaciones me disgustaron también de la gloria poética, y me impelieron á la ambición política, última ilusión sin objeto, sed ardiente que se sabe desde luego que no se calmará jamás. Es la pasión menos conocida, porque se confunde con otras muchas que tienen su nombre. Casi todos desean el poder por los gozes que trae consigo; pero el verdadero ambicioso le ama porque es el poder, y solo porque es el poder. Cuando veo en los teatros, cuando leo en los novelas ó en los libros de moral los desengaños de los ambiciosos, los

obispos que se levantan para correrlos, no puedo menos de sonreír. Se supone que se desencantan al tocar su objeto como si pudieran alcanzarle jamás. Para esto sería necesario que fueran dioses, porque solo así serían omnipotentes, solo así se desengañarían por el baxo. Se supone que las ingraticudes que padecen matan su ambición; cuando no han hecho ningún bien sino porque convenia á sus planes, cuando han empleado á todos los hombres como instrumentos, sin cuidarse de si tenían un corazón. La ambición es la pasión mas constante, la mas grande, la mas digna del hombre, porque tiene algo de celeste; es la única pasión que derribó ángeles, y los ángeles mas bellos.

Para lograr mi ambición necesitaba medios. Los años de esta edad desacreditados por la mitología; nuestro siglo se provee de alas de oro que no puede derreír el sol. La pobreza me maldenaba á mi pueblo, como la cadena sujeta al forrado. He leído en una crítica anónima un sarcasmo contra Mr. de Balzac porque en una novela suya oñta á Z. Mares sin poder alcanzar una posición por falta de unas botas. Bien se conoce que al tal crítico no le han faltado botas jamás! El pobre en nuestra sociedad se ve obligado á luchar, lo primero con su traje, después con su corazón si le conserva. Para subir de la nada al poder es necesario ser un genio ó un tonfo; una medianía no llega nunca, y yo por desgracia no soy sino una medianía: un corazón en lucha con mi inteligencia, una contradicción perpetua entre la palabra y la acción. Mis ambiciones fueron el sueño del águila prisionera, cuyas alas tropiezan al tenderse con los hierros de la jaula. Desoré mi dolor, y me resigné...

Desde entonces mi vida está vacía; apartado del teatro del mundo, miro la función entre bastidores sin interesarme por ella. Las cuerdas de la lira de mi alma se han roto en silencio una tras otra, y ni el dolor ni el placer pueden sacar de ellas una melodía ni un gemido. Semejante á aquellas mujeres que llevan en sus entrañas el fruto de su amor muerto antes de nacer, yo como todos los jóvenes del siglo XIX camine con un cadáver dentro de mí, y este cadáver es mi propio corazón.

Así acabó de hablar Eugenio; y D. Ramon, aunque entendió bien poco de su discurso, se sintió conmovido como le sucedía muchas veces en el teatro, donde aunque ni los sentimientos ni las palabras le interesaban, los movimientos de los actores y el tono de su voz lograban afectarle.

Esperanza le encontró con lágrimas en los ojos.

—¿Qué ha dicho? le preguntó.

—Es muy desgraciado, respondió D. Ramon, y se separó de ella sin añadir una palabra.

CAPITULO III.

ESPERANZA.

Desde aquel día el silencio de Esperanza comienza á ser mayor, y mayor su afición á la soledad. No era extraño verla en su cuarto pasar horas enteras sentada junto á la consola de su tocador, con los ojos fijos en la tabla de esoba y escribiendo distraída con el dedo el nombre de Eugenio. Después lanzaba un suspiro, miraba un reloj, menudía de su madre, como el cuadro de la Virgen, y cuando era la hora conveniente, acudía á la cabecera del herido de quien como he dicho ya se había convertido enfermera. Entonces, al entrar en su cuarto, su rostro se coloraba con el rubor que descende de la frente y que tanto hermosea á la mujer. Sus labios se hinchaban, sus ojos se entornaban y se entornaban, su pulso temblaba, y su voz se entornaba. ¿Cuál era la causa de esto? Esperanza lo ignoraba; pero cualquiera mas instruido que ella en estas cosas hubiera conocido en tales síntomas las últimas señales del amor que el arte muy rara vez acierta á fingir.

Eugenio se apercibió pronto de ello, y no pudo menos de corresponder con su agradecimiento á la ternura de su enfermera. Aquel amor inocente y puro descendía como un rayo del cielo en su alma marchita, y la purificaba, porque su corazón no estaba muerto como él pensaba, sino solamente adormecido. Los desengaños habían gastado su cabeza, la habían corrompido; pero por un fenómeno muy común en la juventud de nuestro siglo, su corazón apenas estaba usado. Las pasiones que podía engendrar serian desgraciadas sin duda, pues su inteligencia los marchitaba en flor, pero no por eso serian menos violentas. Sin embargo, ni una palabra se escapó de sus labios que denunciase su amor, y Esperanza misma llegó á creer dolorosamente que no existía.

Pero el D. Ramon fué en esto mas perspicaz, y trató de impedir que siguiese adelante, proporcionando á Eugenio los medios de pasar al extranjero y enviando á Esperanza mientras llegaba el día de la partida con sus parientes suya que á la sazón estaba en Badajoz.

El día en que los dos jóvenes se despidieron no se dijeron una palabra de amor, como no se habían dicho nunca; los ojos de Eugenio y el rubor de Esperanza habían hablado solamente, y las miradas de Euge-

ño y las lágrimas que llenaban los ojos de Esperanza, por más que intentaba disimular su emoción, fueron las únicas que habieron en su despedida; pero aquellas miradas y aquellas lágrimas valieron por mil argumentos de amor.

La joven lo comprendió así, y partió dichosa, aunque triste por tener que separarse del objeto de su cariño, aunque esperaba que no durase mucho la separación. Todo el viaje fué recreándose en formar sueños de felicidad para el porvenir y complaciéndose en recordar las palabras, las más pequeñas muestras de cariño que había recibido de Eugenio; las veces que se había alejado de él creyendo que intentaba declararse, sin embargo de que ella deseaba que lo hiciera y que no tenía nada de coqueta, fenómeno del amor que aun no ha explicado ninguno; los pensamientos sobre el amor en general que alguna vez le oía, y los deseos para el porvenir que había creído sorprenden en sus palabras.

Meditando de este modo llegó á casa de Doña Petra, su tía materna, á cuya vigilancia iba encomendada.

Era Doña Petra una señora para quien los años tenían 48 meses, por lo cual decía que contaba solo 30 de edad. Su estatura era pequeña, su rostro enjuto y prominente, sus ojos vivos y muy móviles, al modo de los de la ardilla; su boca grande y su cabello escaso; pero á pesar de esto, se creía bella y era en extremo coqueta. Cuando vio á su sobrina, no pudo contener un gesto de enojo considerado como peligroso rival sería; pero pronto encontró un pretexto para deshacerse de ella en las preocupaciones de la sociedad. ¿En qué reunión admitirían á la hija de un mercader? Si hubiera reñido al menos con su padre porque no cerraba la tienda, la sociedad la hubiera compadecido y admitido en su seno por la nobleza de sentimientos que demostraba en ser mala hija; pero Esperanza amaba tiernamente á su padre, y tenía domada la grandeza de alma para avergonzarse de su cuna. Estaba pues condenada al ostracismo, y no la pesaba en manera alguna.

Pero pasaban los días y no tenía noticia alguna de Eugenio. Su padre no la nombraba en sus cartas, y Esperanza no se atrevía á nombrarle tampoco en las suyas. Si hubiera sido un extraño, era natural que preguntara por él; pero era su amante, y temía que lo desolbrían.

(Continuará.)

LOS AGUINALDOS DE LUCIANO.

Apenas tenía diez y seis años Luciano Llervey, cuando sin abandonar sus estudios, estaba muy adelantado en el conocimiento de las plantas medicinales y de sus propiedades; siempre debe estar seguro de acertar en su empresa cuando pone de su parte aptitud y constancia; convencido de esta verdad el joven Luciano, no había cejado ante ningún obstáculo con tal de instruirse en botánica y medicina teórica; porque decía en su interior: no solo adquiriré una ciencia que es de sumo interés, sino que podré prestar importantes servicios á los enfermos pobres que el cielo me depara, y á quienes su ignorancia y la imposibilidad de pagar un médico, esponen á graves accidentes.

Para recompensar sus caritativas intenciones, la Providencia permitió que muy pronto tuviera ocasión de ponerlos en práctica.

Un día Luciano volvía muy alegre de formar una colección de yerbas (bajo los auspicios de M. de Jassien) que le había ofrecido un gran herbario de plantas cuidadosamente encajadas y clasificadas en una caja laja y de figura ovalada que llevaba colgada á la espalda; acababa de despedirse del noble profesor, y se dirigía muy de prisa á la casa paterna, cuando un espectáculo vandito le hizo detener su marcha; y excitó su compasión: á la entrada del arrabal se encontró con una mujer de unos sesenta años, sumamente delgada y ojerosa, y cuyos ojos casi moribundos indicaban á no dudar que el mal y la miseria la habían puesto á las puertas del sepulcro; sentada ó mas bien echada en un banco á la puerta de una casa de mezquina apariencia, cubierta de andrajos que dejaban ver su completa desnudez, la moribunda parecía que solo esperaba el momento en que Dios se dignara herirla. Luciano afectado en extremo al verla, se acercó á ella con el respeto debido á la desgracia, y sobre todo cuando se apercibió el que sufre sus deplorables efectos, y la preguntó con el acento de la más tierna piedad la causa de los sufrimientos de que parecía ser víctima.

—Ay hijo mío! le respondió con voz débil y temblorosa, padezco hace mucho tiempo un marlirio cruel; he estado muchas veces en el hospital, pero nunca he podido curarme, y no me permiten permanecer allí... Bien ves que es preciso que muera de este modo, pues que no tengo recursos para tener un médico!

—¿Pero no hay médicos que tienen consultas gratuitas?

—Pero es necesario ir á su casa, respondió la anciana .. y además,

¿cómo he de comprar los medicamentos...? Por otra parte, mi enfermedad les es desconocida.

—¿Qué sentís pues? la volvió á preguntar Luciano sumamente afectado.

—Insoportables dolores que son casi continuos, y me inutilizan para el mas pequeño trabajo; antes hacia los quehaceres domésticos, hilaba, lo que me proporcionaba medios de atender á mis necesidades... ¡Pero por mi desgracia, bondadoso joven, cuando me ataca el mal con violencia, bien en mi cama, bien en este banco, cuando me encuentro con fuerzas para bajar á sentarme en él, no tengo mas alivio que la caridad de mis vecinas... no son mas ricas que yo, pero tienen buen corazón... Los obreros se consuelan infinitamente porque saben por experiencia cómo amargo y terrible es el mal!

Al llegar aquí, la pobre mujer dió un profundo suspiro, y gruesas lágrimas humedecieron sus hinchadas mejillas, que revelaban que las derramaba á menudo. Luciano le costó trabajo contener las suyas al escuchar sus sentidas palabras.

—Tened confianza en Dios, buena mujer; jamás abandona á los que le imploran sinceramente.

—Solo esta idea me sostiene, hijo mío; pero á veces creo que el Dios de bondad no se ocupa de una desgraciada anciana como yo!

—Os engañáis, replicó gravemente Luciano; se ocupa de todas las criaturas. ¿Quién os ha dicho que no ha permitido que yo os encuentre hoy?

La enferma miró á Luciano con una expresión de sorpresa mezclada de incredulidad.

—Quizá no sean incurables vuestros males, continuó Luciano después de un momento de reflexión.

He leído un ejemplo de dolores que me parece que son iguales á los vuestros, y que lograron curar.

Entonces Luciano indagó largamente á la enferma, á fin de obtener los datos que le eran indispensables para dirigirse en el tratamiento que había resuelto emprender, y convencido de que eran los mismos síntomas que estaban consignados en sus obras de medicina, lleno de la mas pura alegría comunicó la esperanza de devolver la salud á aquella pobre mujer.

«Mejor quisiera, decía en su interior, la presencia, los consejos de un médico; pero puesto que no es bastante rico para pagar á los que piden honorarios, y que no pueda ir á casa de los que pueden exigirlos, tomaré á mi cargo el hacerlo por mí mismo; por otra parte, sucumba mas bien bajo el peso de la miseria que el de una verdadera enfermedad, y creo no cometer una imprudencia ensayando su curación.»

En seguida volviéndose á la anciana le dijo con bondad:

—Os traeré lo que os hace falta; ¿vivís en esta casa?

—El señor, respondió haciendo un esfuerzo para inclinarse delante del adolescente, en quien veía mas que un protector, un ángel tutelar que el cielo le había enviado para salvarla: es positivo que la verdadera ciencia inspira confianza y respeto.

—Vendré á veros mañana, replicó Luciano enterándose del número de la casa. ¿En qué piso está vuestra habitación?

—En el último... la puerta en el fondo del corredor... la viuda Simon... pero un caballero como vos no querrá entrar en mi pobre vivienda.

—Buena mujer, vivid persuadida que haré cuanto esté de mi parte por aliviaros.

—¡Oh! si no olvidáis á la desgraciada viuda Simon, exclamó ella llevando á sus labios una de las manos del joven ántes que tuviera tiempo para retirarla, os bendecirá hasta la muerte...

—Contad conmigo... Valor! le dijo Luciano haciéndola un afectuoso saludo: hasta mañana.

Y volvió á toda prisa á su casa ardiendo en deseos de entregarse al estudio que podía asegurarle el buen éxito de su empresa.

Luciano no hizo participes á sus padres de lo que acababa de sucederle; no porque jamás hubiera dejado de confiarles y hacerles jueces de su conducta, sino porque le parecía que el verdadero mérito de una buena acción consiste en no hablar de ella; los simples que ha recogido con tanta caridad esta vez los despreció, porque pensaba que siempre tenía tiempo para hacer colecciones de yerbas, y que no se presentaban con tanta frecuencia las ocasiones de ser útiles á sus semejantes para despreciarlas.

Después de haber empleado muchas horas en hojear los libros de su biblioteca médica, se fijó en el plan que debía adoptar: le faltaban los medios para costearla y proporcionar á su protegida todos los cuidados que reclamaba su triste estado; pero por esta parte estaba tranquilo. Seis meses antes el día de año nuevo, y en recompensa del premio que había obtenido en el colegio, Mr. Llervey le había regalado una bonita bolsa con diez piezas de 20 francos numeradas: «Hija buen uso de ellas!» (é) fué la única recomendación que le hizo este buen padre al darle sus ricoguingaldos. Luciano, que ya comprendía el valor del dinero, había conservado intacto su pequeño tesoro; y no le pareció que encontraría

ocasion mas oportuna de disponer de él, alegrándose mucho que una loca prodigalidad no le hubiera privado de cumplir la buena accion que tanto le halagaba.

Terminados sus preparativos, Luciano se puso de rodillas y suplicó ardientemente al Supremo Ser que le guiase en la obra de caridad que meditaba, y se acostó: durmió poco; tan preocupado estaba con la idea de que debía empezar observando los efectos, y gozar del consuelo que experimentarí ella si los resultados eran tan saludables como él deseaba con vivas ansias.

(Se concluirá.)

HISTORIA DE LAS MODAS.

Pnes es justo que algun dia me dedique á mis lectoras, hoy ha de hacerlo escribiendo un artículo de modas.

¡La moda! reina del mundo, del orbe enteró señora, que las bellezas del hombre con las soyas perfecciona.

¡Qué hermosos tiempos aquellos en que con sola una hoja andaban todos tan guapos y tan hechiceras todas!

Mas ¡ay! acabaron pronto costumbres tan venturosas, y aquellas modas buyeron para dar lugar á otras.

Ya el pueblo de Dios andaba enfundado en luengas ropas, sin desdeñarse ninguno de ser pastor ó pastora.

Y las niñas de mas dote, y las princesas mas monas espigaban y lavaban y eran cocineras propias.

Vistió el Egipto á sus hijos con la esbeltez de sus momias, y zampaban puches negros Esparta y Lacedemonia.

Entre pórpidos y jaspes habitaron Grecia y Roma, con el néctar de Falerno manchando purpúreas togas;

Y servian por las calles los polvos de oro de alfombra, y de manjar, de las aves las lengüecitas canoras.

¡Qué gusto, lectoras mias! las espléndidas matronas se mudaban de maridos como de guantes vosotras.

Era la moda del moro llevar las barbas muy foscas y cuatro tiendas de lienzo arrolladas en la cholla.

Tener fuentes cristalinas, grandes palacios y aromas, una pipa de dos leguas y un gran almacén de moras.

¡Quién os viera, lectorcitas, damas feudales pomposas, ya en una mano el venablo, ó ya el halcon en la otra!

Ya vistiendo la coraza al marido que os adora, ó ya esperando que torne desde una almena ruinosa.

¡Qué trajes! vosotras llenas de oro, brocados y joyas, y el hombre una pierna blanca y la opuesta pierna roja.

O vestido él y el caballo con tela de cacerolas blandiendo en la fuerte diestra cuatro arrobas de tizona.

¡Llegad ya, gratos recuerdos de la ropilla española,

de mangas acuchilladas de cueras y de valonas!

Cuando andaban tantas brujas con su rosario y su doña, pastorcitas de las niñas, dueñas de anteojos y tocas;

Cuando envueltas en un manto iban damas y fregonas, asomando medio ojito de padre y de hermano incógnitas;

Cuando llevando carlancas los hidalgos de mas pompa asomaban la cabeza por aquella inmensa gola;

La culta Francia entre tanto estendió por toda Europa los bordados terciopelos y casacas monstruosas.

Parecian perros de aguas las cabezas mas pelonas con el bosque de cabellos que les servia de gorra.

Sus hebras de oro las bellas en nevada selva tornan, y las elevan y tejen en altísimas corozas.

Atan los hombres sus greñas colgando al fin una bolsa do encierran los corazones que sus gracias enamoran.

Pero ya las que ostentaban talle de abispas y moscas entre hierros que le oprimen y de faldas las engordan,

Al cabo de muchos años en almohadas se trasforman, bajo el brazo la cintura y las mangas como bombas.

Su blanca ó morena frente con menudos rizos orlan, y un calesio con cintajos sobre el cráneo se colocan.

Asi encantant *petimelres* con la campana en las botas, frac de piston, dos relojes y corbata hasta la boca.

Y ved aqui las levitas, cuales largas, cuales cortas, el pantalon de trabillas y el sombrero Babilonia.

Ya estamos en nuestros tiempos; ya va acabando esta crónica, que lo que falta sin duda lo guardais en la memoria.

¡Quién, aunque tenga mi fecha, fecha que no tendreis todas, no ha variado sus disfraces con mil ridiculas cosas?

Ya las melenas muy largas y la barba á usanza goda, ya retorcido el bigote y patillas de cien formas.

Ya enseñando el zapatito y las galgas caprichosas, ya con la bota francesa y los vestidos de cola.

Ya dos mamparas por cuellos, ya... pero hablar no me toca de modas de hoy; para eso, hay periódicos de sobra.

Mas desde Adán hasta el dia, por mas que cambien las modas, las feas siempre son feas, las hermosas siempre hermosas.

José GONZALEZ DE TEJADA.

Director y propietario, D. Angel Fernández de los Ríos.